

de fueran invitadas por el Intendente, les esperaba una afanosa y parlante multitud. Pasaban las chicas hacia la escalera de honor entre arcos de flores verbales.

El yate presidencial nos llevó a navegar por el Paraná. Llovió a mansalva, con un tormentazo de lujo, cosa que, sin duda, contribuyó a abrimos el apetito y las ganas de reír. Pocas veces habrá paseado por el delta una carga de buen humor semejante a la de aquella mañana. Comimos en un gigantesco merendero a la orilla del río.

Otro día hubo fiesta criolla, con galopadas de gauchos y el clásico asado en torno a un viejo y solitario ombú, en la civilizada pampa próxima a Buenos Aires.

Reventaban de cordialidad las recepciones en los círculos regionales, y aun algunas de ellas tuvieron especial significación, ya que hubo centro que, por vez primera —y sin que faltase ni uno solo de sus habituales—, izó en la gala de sus salones la bandera nacional.

Areilza dió una comida en la Embajada.

Vicky y Lula organizaban el carrusel por provincias. Primero pensaron en un tren de camas. Después, la Municipalidad prestó los cuatro colectivos. Salimos hacia Rosario.

Los rojos de Buenos Aires, ya con las manos desocupadas porque a nadie tenían que ovacionar, ni en el Colón ni en ningún otro teatro, se pusieron a escribir un manifiesto contra los Coros y Danzas. Iba en papel verde y la tinta era negra. Firmaban los trabajadores Republicanos de la C. A. D. E. y amigos de la República Española. Denunciaban que una sobrina de Franco viajaba con los Coros y Danzas, noticia que causó sensación en la Embajada, en el barco y en las chicas, que no tenían ni la menor idea de esto. Después se hablaba de la «odiada figura de Pilar Primo de Rivera» y de cómo los falangistas dedicaban sus trabajos y sus ocios al asesinato de los niños, las mujeres, los ancianos y los tartamudos de España. En fin, lo de siempre.

